

mula científica en las letras, será signo evidente de que la República no ha sido traída por los hechos y que debe desaparecer ante uno: la dictadura.

## LA LITERATURA Y LA GIMNASIA

---

Séame lícito hablar de un asunto que importa á toda nuestra generación de inteligencias enloquecidas y desequilibradas. Entre nosotros el cuerpo ha llegado á un extremo de singular decadencia, como en los mejores tiempos del misticismo. No consiste ese resultado en la exaltación del alma; los que se exaltan son los nervios, la masa cerebral. Hállase la carne macerada por las frecuentes, numerosas y profundas sacudidas que el cerebro imprime á todo el organismo. Estamos enfermos, esto es verdad desgraciadamente, enfermos de adelanto. Existe en nosotros hipertrofia del cerebro; los nervios se desarrollan á costa de los músculos, y éstos, á su vez, debilitados y calenturientos, no sos-

tienen la máquina humana. Se ha alterado el equilibrio entre el espíritu y la materia.

Bien sería pensar algo en este pobre cuerpo, si hay todavía tiempo. Esta victoria de los nervios sobre la sangre ha influido de una manera decisiva en nuestras costumbres, en nuestra literatura, en toda nuestra época. Solamente quiero examinar los resultados, si así puede decirse, literarios. Evidentemente, siendo toda obra hija del espíritu, y habiendo de parecerse á su padre, el estado de alteración enfermiza ó de tranquila salud de la inteligencia, es causa de que la obra resulte serena ó resulte apasionada. Los períodos clásicos se presentan cuando los nervios y la sangre poseen igual fuerza y forman así temperamentos bien equilibrados y ponderados; cuando, por el contrario, preponderan los nervios ó la sangre, nacen obras de hermosos aunque toscos florecimientos, ó de locos de genio.

Estudiad nuestra literatura contemporánea, echaréis de ver en ella todos los efectos de la neurosis que agita nuestro siglo; es el producto inmediato de nuestras inquietudes, de nuestras investigaciones ásperas, de nuestros terrores pánicos, de ese malestar general que

nuestras sociedades sienten, ciegas ante un porvenir desconocido. No estamos ya, lo comprendéis todos así, en aquella edad solemne, en la cual la tragedia declamaba sus versos en medio de una paz algo pesada; en la cual la literatura entera andaba majestuosamente, sin un grito de dolor, sin una protesta. Nos hallamos en la época de los ferrocarriles y de las comedias fatigosas, en las que la risa no es, en muchos casos, sino la mueca de la angustia; en la edad del telégrafo eléctrico y de las obras extremas, de una realidad exacta y triste. La humanidad, como presa de un vértigo, resbala por la pendiente áspera de la ciencia; ha mordido la manzana, y desea saberlo todo. Lo que nos mata, lo que nos enflaquece es que nos hacemos sabios, es que los problemas sociales y divinos van á ser resueltos uno de estos días. Vamos á ver á Dios, vamos á conocer la verdad, y ya se comprende que la impaciencia nos devora, y por qué ponemos en vivir y en morir un febril apresuramiento.

Anhelamos adelantarnos al tiempo, vendemos muy barato nuestro sudor, quebrantamos el cuerpo con la tensión del alma. Todo nues-

tro siglo está en eso. Al salir de la paz monárquica y dogmática, cuando el mundo y la humanidad tornan á ser puestos á discusión, ocurre que el problema se ha planteado sobre otras bases más justas y más verdaderas. Puesto ya el problema en ecuación, y despejadas algunas incógnitas, ha sobrevenido la embriaguez, la alegría insensata. Hase comprendido que estábamos indudablemente en el camino de la verdad, y nos hemos precipitado en masa demoliendo, impulsando, gritando, realizando descubrimientos nuevos á cada paso, picados por el acicate del deseo de adelantar siempre, de llegar á lo infinito y á lo absoluto. Si me atreviese yo á lanzar una comparación arriesgada, diría que nuestras sociedades son como una jauría en persecución de una fiera. Olfateamos la verdad que corre delante de nosotros, y corremos.

Sin que yo pretenda establecer aquí una relación íntima entre el medio y la obra en él producida, fácilmente se comprende que las obras de esa jauría de hombres corriendo sin freno por el campo de la ciencia, experimenta los ardores todos y todos los sobresaltos de la caza ruda y terrible. Nuestra literatura con-

temporánea, con sus arranques generosos y con sus profundas caídas, ha nacido directamente de nuestras grandes aspiraciones y de nuestros desalientos repentinos. Me encanta esta literatura; me parece viva y humana, porque está llena de sollozos, y hallo en la anarquía misma que la perturba una imagen exacta, fiel, viviente de nuestro siglo, el cual será grande entre los siglos, porque es la gestación de las vigorosas sociedades de lo futuro. Lo prefiero á esas otras épocas de calma y de perfección, de una madurez completa que nos han dado obras sabrosas y sazonadas. En nuestros tiempos, tiempos de investigación y trastornos, de derrumbamiento y de reconstrucción, ya sé que el arte es bárbaro y que no puede satisfacer á las personas de gustos delicados; pero en este arte, exclusivamente personal y completamente libre, hay, os lo aseguro, peregrinos goces para los que disfrutan con el espectáculo de las manifestaciones del alma humana, y sólo ven en su obra el hecho, el accidente de un hombre puesto enfrente del mundo.

Por mi parte, adoro nuestra anarquía, la ruina de nuestras escuelas, porque experi-

mento alegría indecible contemplando la contienda de las inteligencias, presenciando los esfuerzos individuales, estudiando uno á uno á todos esos combatientes, á los grandes y á los pequeños. Pero en esa atmósfera se muere muy pronto; los campos de batalla son malsanos, y las obras matan á sus autores. Toda vez que la dolencia tiene su origen en el hecho de que nuestro cuerpo amengua en provecho de nuestros nervios; toda vez que si nuestras obras son tales, y si se exalta nuestro espíritu, es únicamente porque dejamos que nuestros músculos se debiliten; el remedio está en la curación del mal, en el cultivo inteligente y fortificante de la carne. Nuestro cerebro se desarrolla por exceso de ejercicio; ejercitemos nuestro cuerpo, y el equilibrio se restablecerá poco á poco.

Estas reflexiones, á mi juicio muy graves, son sugeridas á mi espíritu por un librito que ha publicado, no ha mucho, M. Eugenio Paz. Este libro, cuyo título es: *La salud del alma y del cuerpo por la gimnasia*, lleva por epígrafe estas palabras: *Mens sana in corpore sano*. En esa leyenda está todo el libro. Que los elementos sanguíneos y nerviosos estén en equilibrio;

que el espíritu y la materia vayan como buenos compañeros; el cuerpo disfrutará de una paz profunda, la inteligencia creará en calma obras sólidas y apacibles. En presencia de la preponderancia nerviosa que nos sacude, el remedio indicado por M. Eugenio Paz es el remedio lógico de los ejercicios corporales. Envía el autor al gimnasio á toda nuestra generación.

Aplaudo sin reserva las conclusiones del libro; celebraría yo que todo París, como la antigua Lacedemonia, se fuese al campo de Marte, para ejercitarse allí en la carrera y en otros trabajos corporales. Pero permítaseme indicar lo muy distante de nuestras costumbres y fuera de nuestra edad y de nuestras aspiraciones que está una educación de esa índole. Es menester, indudablemente, dirigir al pueblo una excitación, impulsarle hacia la gimnasia, aun á riesgo de no ser oídos. Para conseguir del todo hacer de nosotros unos griegos nuevos, y transformar á París en una Atenas nueva, sería necesario que nos transportásemos á una época que pasó hace dos mil años; proporcionarnos el color azul y los tibios horizontes del Oriente y procurar el ol-

vido de nuestra ciencia. No podemos ser lo que Grecia, lo que Roma, lo que la Edad Media han sido. La humanidad ha seguido andando desde entonces.

No se trata solamente de deducir que los ejercicios corporales son necesarios; es preciso además decir cuál puede ser hoy la misión de esos ejercicios, y en qué proporción estamos en condiciones de aceptarlos. Me explicaré.

Suponed pueblos jóvenes; viven bajo un sol amigo, ebrios de luz. Las ciudades, blancas, son espaciosas, abiertas, tranquilas. Se gobiernan, se defienden, se desarrollan en libertad completa. Los habitantes de esas ciudades gozan la alborada de la humanidad; aman la vida por lo que es para ellos la vida misma; son inteligentes, con la inteligencia sana, vigorosa; ingeniosos y delicados en sus gustos, porque tienen sol enrededor suyo, y ellos mismos son hermosos y nobles. La carne predomina; aquellos hombres la divinizan, buscan la verdad en la belleza; su alma, completamente satisfecha por los objetos visibles, no se cura de penetrar su esencia, ó se complace en materializar los pensamientos abstractos que en el

fondo de todas las cosas existen. Hay equilibrio, salud, desarrollo del cuerpo. Todo les convida al cultivo de este último; el clima que tiene dulzuras cariñosas, su estado social que ha menester de vigorosos soldados, su gusto personal que les inspira admiración por una pierna hermosa, por un músculo fuerte y gracioso. Viven casi desnudos, y se reconocen por la admirable forma de la pierna ó del brazo, como nuestras damas de hoy pueden conocerse por el corte más ó menos elegante de un vestido. Su principal quehacer es el de ser hermosos y fuertes; no tienen otras ocupaciones; no nacen para resolver problemas ni descubrir verdades; nacen para batirse, para crecer en vigor y en gracia. Las influencias reunidas del clima y de las costumbres, han hecho de esos pueblos combatientes y andarines, soldados y dioses. Grecia, en sus albores, ha sido solamente un extenso gimnasio, donde mozas y mozos, hombres y mujeres, buscaban la fuerza y la hermosura.

Después, en los tiempos de Roma, de Roma imperial, no sucedía ya lo mismo. Había nacido el lujo, y con él la corrupción y la voluptuosidad perezosa. Los cuerpos se debilitan,

los ejercicios no tienen ya su rudeza saludable. A la sazón ya hay personas que eso de luchar lo toman por oficio; no es ya la nación entera la que va al gimnasio, y si algún personaje lucha todavía, lo hace por pasión insana. En Lacedemonia había grandeza verdadera en el conjunto de los ejercicios: el pueblo iba allí con devoción, sencilla y pudorosamente, como en la Edad Media concurría al templo. En Roma los ejercicios se han convertido en juegos; la elegancia es sacrificada á la brutalidad; se batea porque se matan, y porque cuando se han agotado ya todas las demás voluptuosidades, es grato ver cómo corre la sangre. No hay comparación posible entre los campos de Marte en Grecia y los circos romanos; en aquéllos no había espectadores, el pueblo todo luchaba y se fortalecía; en éstos, mientras enormes gladiadores de músculos de hierro se tundían á puñadas, extendíanse en la grada hombres afeminados y cortesanas de carnes blanduchas y fofas por las orgías.

Sobreviene, pues, andando los tiempos, el misticismo, el desprecio del cuerpo, los músculos se debilitan en el éxtasis, aparece una reacción terrible contra el materialismo de las pri-

meras edades. La humanidad habría muerto tal vez, si no hubiera necesitado defenderse. El feudalismo, el derecho de cada uno contra todos, convirtió de nuevo en una necesidad las fuerzas corporales. La gimnasia renació bajo una nueva forma. Los climas no eran ya los mismos; las costumbres tampoco. En otras edades se desnudaba el cuerpo para vigorizarle. En la Edad Media se le carga de hierro, y se le arma de un arsenal completo. Fué preciso ser fuerte; pero fué preciso también ser diestro.

Después, esta fué solamente una educación de casta: únicamente los nobles tenían sus torneos y consagraban su juventud al estudio de la equitación y del manejo de las armas. El pueblo no tenía más ejercicio que el trabajo incesante, que le tenía encorvado siempre sobre su tarea. Los días hermosos de Grecia no han tornado nunca.

He estudiado rápidamente, con M. Eugenio Paz, los ejercicios corporales en los distintos pueblos, para llegar á la deducción de lo que pueden ser entre nosotros. Si yo hubiese tenido tiempo, habríame gustado probar que las obras de la inteligencia han seguido constantemente, en sus distintas manifestaciones, el estado

de salud ó de enfermedad del cuerpo. Hay aquí, pues, un verdadero problema literario.

Cáтанos ahora, con nuestros modernos trajes, protegidos constantemente por las leyes, en camino de reemplazar al hombre por la máquina, ebrios de sabiduría y de habilidad. Pregunto, pues: ¿Qué necesidad tenemos de ser fuertes, de poseer músculos de una forma perfecta y de una resistencia extremada? Nuestros vestidos nos ocultan tan perfectamente, que el hombre más larguirucho y el peor formado suele tener muy á menudo reputación de elegante y de distinguido, que no trocaría de seguro el interesado por la mayor fama de fuerza y de belleza sólida. De otra parte, por ahí andan siempre los agentes municipales; ya no lucha nadie á puñetazos más que en tabernas de las fueras; los caballeros se baten á sable ó á pistola; en fin, en las batallas, nuestros soldados no son sino máquinas para llevar fusiles ó poner fuego á los cañones. En realidad, no tenemos en qué utilizar la gimnasia. Vivimos en los laboratorios, ó en los despachos; nuestras distracciones, nuestros ejercicios, puramente intelectuales, se reducen á leer los periódicos y los libros nuevos.

Además, todos comprendemos perfectamente que ya no nos queda mucho tiempo de trabajar; ahí está la ciencia proporcionándonos máquinas; el trabajo humano tiende á desaparecer; el hombre llegará muy pronto á no tener más faena que reposar y regocijarse en la creación. Nace de aquí una gran indiferencia; nada nos estimula hacia los ejercicios corporales, ni el clima ni las costumbres. Podemos pasarnos perfectamente sin ser fuertes y sin ser hermosos. Por esto dejamos que languidezca nuestro cuerpo, toda vez que lo han hecho inútil, y cultivamos el espíritu, forzando los resortes hasta hacerlos crujir, porque nuestro espíritu nos es necesario para resolver los problemas que se nos han propuesto.

Con tal régimen, vamos derechos á la muerte. El cuerpo se disuelve; se exalta el espíritu; hay un desconcierto de toda la máquina. Las obras producidas llegarán á la demencia. La gimnasia será, por lo tanto, puramente una medicación. He ahí lo que es preciso explicar. Será una medicación, porque sólo motivos de salud nos la imponen, porque no la aceptamos por nuestro gusto.

Ha sido la gimnasia una necesidad social,

casi una religión, durante el período griego ó la Edad Media; ha sido un esparcimiento, una pasión vergonzosa, bajo el Imperio romano; entre nosotros debe ser un simple remedio, un preservativo contra la locura. Tal es la misión única que la época en la cual vivimos deja desempeñar á la gimnasia.

Estoy convencido de que, por desgracia, el hombre es siempre de su época, y de que en este momento vamos impulsados, querámoslo ó no, hacia un estado de cosas desconocido. Es difícil detener en su marcha á una sociedad; creo que todavía durante algunos años los gimnasios estarán vacíos. He dicho que esta época de transición me agradaba; que gozaba yo un peregrino placer estudiando nuestra calentura. A las veces, no obstante, se apodera de mí el terror, viéndonos tan temblorosos y tan huraños, y entonces es cuando, lo mismo que hoy, después de haber leído el libro de M. Eugenio Paz, celebraría yo tener un trapecio para endurecerme los brazos y descargarme el cerebro.

El epígrafe está ahí, en la pared, resplandeciendo en frente de mí: *Mens sana in corpore sano.*

## TEATRO CLÁSICO

### I

El *Misántropo* tiene una cosa que me encanta, el desdén que en él se advierte hacia las formas teatrales como las entienden hoy autores y críticos; es una obra que se desarrolla ampliamente, sin peripecias y sin que su autor se haya cuidado de la acción ni del final de los actos; una obra, en fin, que, hablando con propiedad, no es más que un detenido análisis de caracteres. Y lo mejor del caso es que el genio de Molière impone, aun hoy, semejantes cosas; el público no se atreve á bostezar siquiera, y los críticos que tienen cierto apego á M. d'Ennery (que no son pocos) se ven obligados á escuchar con recogimiento y á dar muestras de admiración